

George Orwell, el marido que quiso ser amante



Los últimos acontecimientos bélicos, la configuración enigmática de la historia más reciente, así como el cariz tempestuoso que está adquiriendo la globalización, justificarían de por sí, si ello fuera necesario, la lectura y reivindicación de George Orwell, apocalíptico profeta de un mundo en el que la más irracional lucidez ha devorado a la poesía.

Recordé la crueldad que le hice a una abeja. Estaba chupando mermelada de mi plato y la corte en dos pedazos. No hizo caso y siguió comiendo mientras un chorrito de mermelada le salía por el esófago. Sólo cuando intentó volar se dio cuenta de aquello tan horrible que le había pasado.»

George Orwell

Miguel Morales

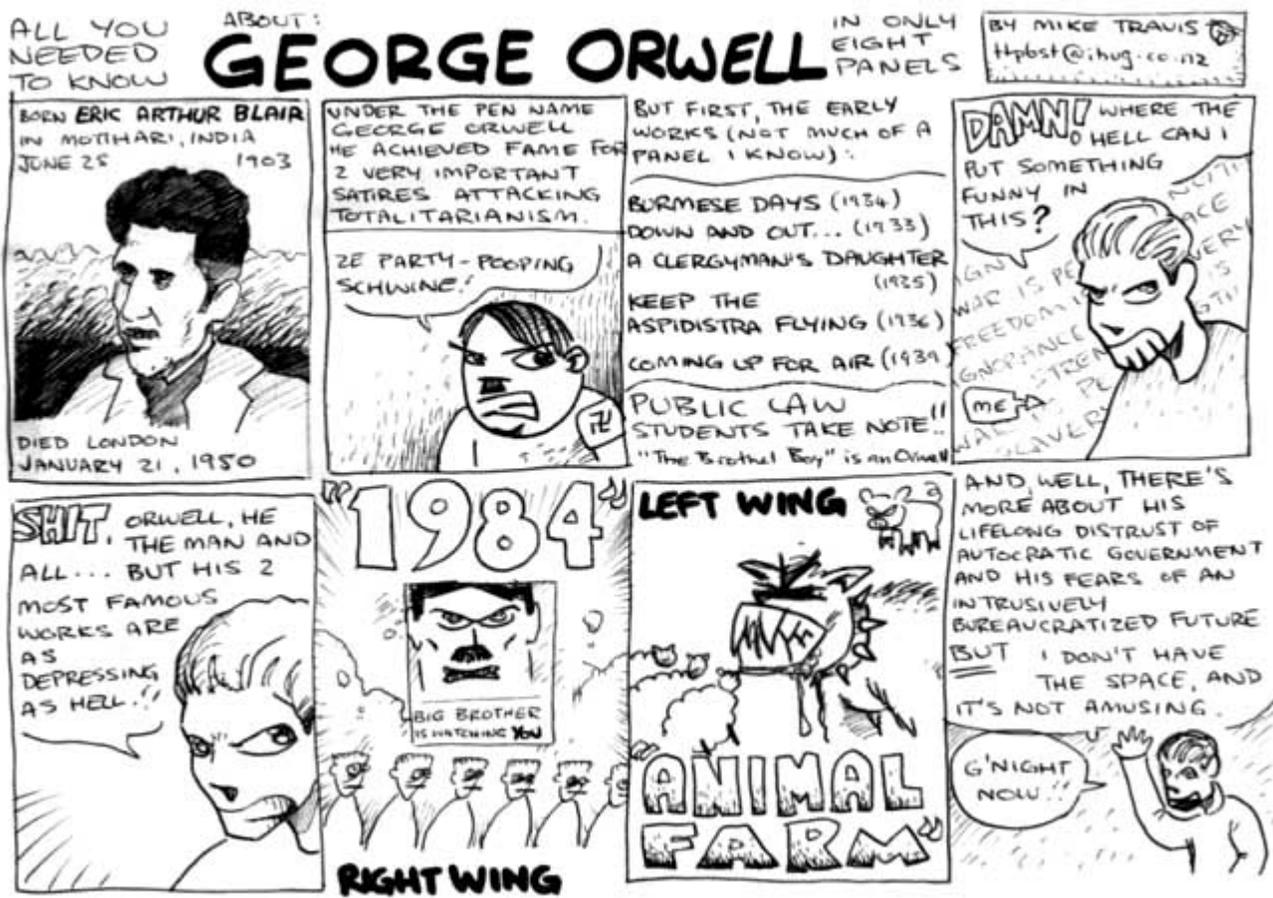
Una de las cosas que más me ha sorprendido siempre de la ensayista, novelista y realizadora de cine norteamericana Susan Sontag es el hecho de que no escribe como si fuera un *hombre de letras*. ni nos hace pensar en una George Sand vestida de hombre. Sino simplemente en una mujer de gran lucidez dispuesta a dividir el mundo de las Artes y de las Letras en dos inmensos grupos: el de *los amantes* y el de *los maridos*. Y todo ello con la frescura cínica y corrosiva de un Woody Allen un poco más erudito y menos contracultural. Pues como dice Sontag, en el arte como en la vida, los grandes escritores son o bien maridos o bien amantes "*algunos escritores reúnen las sólidas virtudes del marido: honestidad, inteligencia, generosidad, decencia. Hay otros escritores en quienes se aprecian los dones de un amante, dones de temperamento, mas que de bondad moral. Notoriamente las mujeres toleran en el amante atributos (mal humor, egoísmo, insinceridad, brutalidad) que nunca consentirían en el marido, porque el amante a cambio excita, infunde intensos sentimientos. Del mismo modo los lectores transigen con la ininteligibilidad, siempre que el autor en compensación les permita saborear raras emociones. Y en el arte como en la vida, ambos maridos y amantes son necesarios. Es una lastima cuando existe la obligación de escoger entre ellos.*"

Lo cierto es que si aceptamos esta jugosa clasificación, menos ambigua que la ya clásica propuesta por Sartre de autor «comprometido» y autor «no comprometido», que es una clasificación de filósofo marido y erudito, rápidamente comprobamos que, a excepción de épocas pasadas, en nuestro siglo han predominado los amantes. E incluso que los mejores maridos del Arte y de la Literatura parecen tener mala conciencia y desearían ser amantes, pues la perversidad, sin lugar a dudas, es la musa más fructífera de los tiempos modernos.

A su manera George Orwell también ha dividido el mundo de la literatura en dos bloques; y su clasificación recuerda necesariamente a la de Sartre pero también a la de Susan Sontag.

Orwell (seudónimo de Arthur Blair) retoma de Huxley la historia del Jonás bíblico y la ballena, y a partir del mito secciona el mundo literario en dos bandos: de una parte el de los escritores que como Jonás están dentro de la ballena y de otra el de los que, por el contrario, se hallan fuera. La imagen de la ballena sin duda, hace pensar en Melville pero tiene un signo muy distinto al de «*Moby Dick*», pues para Orwell la

ballena no es diabólica sino maternal, algo así como un inmenso útero al que retornar. Un no-nacimiento: el rechazo más absoluto a un mundo contra el que el escritor se rebela.



Pero de hecho, aunque la postura de Orwell es manifiestamente contraria a la del intelectual ensimismado, enclaustrado en el gigantesco interior deI cetáceo, hay algo constantemente en su obra y en su biografía que nos pone en guardia, y nos hace intuir una cierta nostalgia de la huida, el más íntimo deseo de «arrojar la toalla». de poder el mismo desinhibirse, 'descomprometerse', aislarse de la realidad, ser amante en lugar de marido: - "estar dentro de la ballena, escribe Orwell-. es algo muy cómodo. ,agradable y casero. Jonás se alegró mucho de escaparse, según nos cuenta la historia, pero lo cierto es que en el sueño o despiertos en estado de ensoñación, mucha gente ha envidiado a Jonás. La causa es obvia: El vientre de la ballena es lo suficientemente amplio para que en él quepa confortablemente un adulto. Allí esta uno en la oscuridad. en un espacio acolchado, con yardas de esperma entre uno y la realidad, pudiendo adoptar suceda lo que suceda la más completa indiferencia."

Aunque de origen inglés. Orwell, nacido en Mothiari (India) en 1903, comparte la arraigada idea oriental de la vida como fuente de sufrimiento y de la extinción total como supremo descanso. Y precisamente ésta es la clave de lo que para él significa poder estar en el interior de la ballena: «Casi como si estuviese uno muerto». Esa es la etapa final. insuperable. de la irresponsabilidad.. Y es que, como Jonás. Orwell desde su más temprana infancia se ha visto expulsado de la ballena; pero. al contrario que Jonás. no puede sentirse satisfecho con su situación porque el mundo no le gusta tal como es. Fue un luchador. pero podría haberse quedado en suicida.

El padre de Orwell estaba encargado en Mothiari del Departamento del Opio; su Madre, de ascendencia francesa, era hija de unos comerciantes birmanos. Los años escolares de un casi «angloindio» como Orwell asentada ya su familia en Inglaterra. son recordados como años pasando terrores irracionales y padeciendo incomprendimientos lunáticos. "Un niño que parece razonablemente feliz puede estar sufriendo horrores que no puede o no quiere revelar. Vive en una especie de mundo submarino en el cual solo podemos penetrar por la memoria o la adivinación". A los 19 años ingresó en la Policía Imperial de Birmania; era el año 1922 y permaneció en esta ocupación hasta 1928. Este fue probablemente uno de los periodos que más huella dejó en el joven Orwell y quizás supuso la segunda y definitiva expulsión del interior de la ballena . De esta época Orwell parece que siempre guardó un complejo de culpabilidad que explica en buena parte

su posterior evolución y su profundo conocimiento de los mecanismos del imperialismo. Problemática que reaparece una y otra vez en toda su obra, ya sea de manera directa como en «*La marca*» novela en la que se plantean los graves problemas de identidad de los angloindios y las brutales secuelas coloniales, o bien de forma indirecta tanto en «*Rebelión en la granja*» como en «*1984*» por citar sólo dos de sus obras más controvertidas y emblemáticas.

Los años siguientes fueron para Orwell años de reflexión y de descubrimiento del mundo en sus aspectos más sórdidos y dolorosos y coinciden con la publicación de *Sin blanca en París y Londres*, pues para Orwell la lucidez parece haber devorado cualquier posibilidad de poesía en un mundo en el que ya ninguna vida le resulta encantada. «*Recordé -escribe Orwell- la crueldad que le hice a una abeja. Estaba chupando mermelada de mi plato y la corté en dos pedazos. No hizo casa y siguió comiendo mientras un chorrillo de mermelada le salía por el esófago. Sólo cuando quiso volar se dio cuenta de aquello tan horrible que le había pasado. Igual le ocurre al hombre moderno*» Y así no puede sorprendernos el que cuando en 1928 coincide en París con la bohemia artística y los novelistas norteamericanos. a diferencia de un Hemingway. una Gertrude Stein, un John Dos Pasos o un Henry Miller, el París de Orwell lo sea todo menos una fiesta. Y que, a diferencia, de todos ellos, el hambre y la miseria superen en Orwell cualquier posible dimensión estética.

y no es en absoluto casual que, desde una perspectiva antagónica, cuando Orwell ofrece un ejemplo de autor inmenso en el interior de la ballena vea en Henry Miller el más claro exponente de su teoría.

Antes de partir a luchar a la guerra civil española. en el bando republicano, Orwell había mantenido una entrevista con Miller y, aunque aparentemente los puntos de coincidencia debían ser muchos, un Orwell duro y politizado se encontró con un Miller vulnerable y anárquico. Y pese a que ambos se confesaban amantes de la paz, mientras Miller manifestaba su amor por la paz rehusando luchar en cualquier causa, Orwell se sentía obligado a ir a combatir por una causa justa. Pues lo que más sorprende del autor de "*A mi manera*" colección de artículos periodísticos , «*Subir a por aire*», «*La marca*», «*Rebelión en la granja*», «*1984*», «*Homenaje a Cataluña*» O «*Mi guerra civil española*», lo que verdaderamente sorprende es el hecho de que en un ámbito literario dominado por locos geniales Orwell escogiese la seriedad de la cordura.

A veces se le ha comparado con el autor de «*Los viajes de Gulliver*» ; a mí su figura me recuerda a Larra. Un Larra para quien escribir es llorar y que boga en solitario y contra corriente . «*Escribo porque hay alguna mentira que quiero dejar al descubierto*»; la confesión pertenece a Orwell, pero podría haberse escapado de la pluma del «*Duende satírico de día*», al igual que esta otra: «*Escribir un libro es una lucha horrible y agotadora, como una larga y penosa enfermedad. Nunca debería uno emprender esa tarea si no le impulsara algún demonio al que no se puede resistir*».

Durante la segunda guerra mundial colaboró en la BBC y en el diario «*Tribune*». De esta época data su controvertida y genial «*Rebelión en la granja*». Liberado París en el 45, fue corresponsal en esta ciudad del «*Observer*», y viajó a Nuremberg y Stuttgart. En 1946 comienza a escribir su novela «*1984*», que sería editada ocho meses antes de su muerte, un 21 de enero de 1950. Un Orwell que tenía 46 años y al que su tiempo escogió como testigo.